

Hace 100 años nació en la ciudad de Cárdenas el reconocido filósofo e intelectual Humberto Piñera Llera, de padre agrimensor y madre maestra. Las primeras letras las aprendió en la escuela municipal “El Cuartel”, de la llamada Ciudad-Bandera de Cuba. Luego la familia fue a vivir a Camagüey, según reza en un documento que más tarde presentara para efectuar la matrícula en la Universidad de La Habana, institución que habría de ratificar su vocación y sentido de vida.

Al terminar a los 26 años el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Camagüey, tenía ya una decidida inclinación por las letras, a pesar de haber pretendido durante un tiempo seguir el oficio de su padre, a quien acompañara en sus labores asistido por el buen tino calculado, mientras sabía que se dedicaría a la meditación y a la ciencia de causas mayores. Primero se inició como maestro al aceptar un cargo vacante en un prestigioso colegio de la ciudad y crear una academia privada en la céntrica calle Independencia, muy cerca de la plaza Agramonte; pero decidido a estudiar filosofía, se deshizo de esta responsabilidad docente y marchó a la capital. Su hermano Virgilio, con posterioridad reconocido dramaturgo, en octubre de 1937 realizó por él la solicitud de matrícula en la Escuela de Filosofía de la universidad habanera.

Su entrada a la casa de altos estudios coincidió con un período de florecimiento, tanto en el país como en el mundo, de la disciplina en la que incursionaría. La Habana se convertía entonces en uno de los centros culturales más importantes, no solo de las Islas caribeñas, sino del hemisferio.

Es un tiempo también de espantos y de contiendas armadas en el Viejo Continente y de entrada en nuestro territorio de intelectuales españoles que, a causa de la guerra civil en su patria, se veían forzados a exiliarse en América. Cuba representaba un destino visible para muchos de ellos, entre los que había filósofos que a través de su discurso divulgaban el más reciente y variado pensamiento europeo, básicamente de corte franco-alemán, como la fenomenología, el existencialismo, el historicismo, que desde antes repercutía un tanto en la intelectualidad latinoamericana, pero esta vez se hacía de viva voz. La Escuela de Filosofía y la universidad habanera iniciaban también en aquel tiempo un período de cierta estabilidad tras la crisis del machadato, se creaban nuevas cátedras -la de Historia de la Filosofía, encabezada por Jorge Mañach, y la de Teoría del Conocimiento y Estética, por Luís A. Baralt- y se ampliaba el plan de estudios, que extendía el curso académico de tres a cuatro años.

El joven Piñera Llera, según se recoge en su expediente académico, conservado en el Archivo Histórico de la Universidad de La Habana, recibió cursos en su primer año (1937-38) de Salvador Salazar, Vicentina Antuña, Manuel Bisbé y Elías Entralgo, profesores de prestigio a los que además se sumarían más tarde María del Rosario Novoa, Luís Alejandro Baralt, Luís de Soto, Herminio Portell Vilá, Roberto Agramonte y Jorge Mañach. Siempre obtuvo calificaciones de sobresaliente, lo cual le valió para que se le concediese matrícula gratuita en el resto de su carrera universitaria. Ya en cuarto año trabajó por cuenta propia e impartió

clases particulares, con lo que cubrió parte de sus gastos y alivió la situación de sus padres y hermanos, dos de ellos maestros, y Virgilio, quien acababa de publicar el cuaderno de versos *Las furias*. El 18 de septiembre de 1942 realizó los ejercicios frente a un tribunal integrado por Roberto Agramonte, Luís A. Baralt e Idelfonso Bernal y del Riesgo y presentó su tesis sobre valores morales. El 20 de julio del año siguiente recibió el título de Doctor en Filosofía y Letras.

Una vez graduado, comenzó a trabajar como profesor adscrito a la cátedra de Roberto Agramonte, connotado ensayista y también director del Departamento de Intercambio Cultural del recinto universitario. Impartió medios cursos de Lógica y Teoría del Conocimiento, así como colaboró tenazmente con la publicación de la Biblioteca de Autores Cubanos (1944-1966), proyecto editorial dirigido por el profesor titular de la cátedra, que tenía como objetivo sacar a la luz los textos de pensadores cubanos del siglo XIX y pretendía “... la difusión de la cultura nacional, y por ende de las obras maestras de autores nacionales...”, según se recoge en la nota “Al lector” del primer volumen. A Humberto se le encargó la compilación y actualización de los cinco volúmenes de la polémica filosófica desarrollada entre 1838-1840, con la colaboración del experto latinista Jenaro Artiles, republicano español exiliado en La Habana. Este empeño forjó el espíritu del joven graduado, quien se entregó a la investigación en la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País y en la vetusta Biblioteca Nacional, dirigida en aquel entonces por Francisco de Paula Coronado. También formó

A 100 años de su natalicio

HUMBERTO PIÑERA LLERA

Por FÉLIX VALDÉS GARCÍA

parte de este esfuerzo la publicación del volumen VI de las *Obras* de Félix Varela, intitulado *Cartas a Elpidio*, y del estudio introductorio de Piñera al texto de José Manuel Mestre *De la filosofía en La Habana*, que viera la luz en 1952. Tal vez en la formación del filósofo cubano este haya sido uno de los pasos principales, el cual marcará una de sus áreas distintivas de trabajo, su encuentro y zambullida en la historia patria y sobre todo en el estudio de los clásicos cubanos, tema que mantuvo siempre frente a sí.

Su consagración a la filosofía le confirió el reconocimiento de sus colegas del gremio. En 1946 participó de la creación del Grupo Filosófico-Científico de La Habana, que pretendía dedicarse al debate del pragmatismo como corriente filosófica en boga y fue liderado por el Dr. José María Velázquez. A propuesta del Dr. Horacio Abascal, también integrante del grupo, este devino tres años más tarde, el 29 de octubre de 1948, en Sociedad Cubana de Filosofía. En estos años inaugurales de dicho movimiento reflexivo cubano, Piñera Llera participó en 1946 en la fundación de la primera revista en el país dedicada a este quehacer intelectual, la *Revista Cubana de Filosofía*, que por un tiempo también dirigió. Esta sociedad, en la que activamente participara, constituyó además en octubre de 1950 el Instituto de Filosofía, que se propuso impartir de modo sistemático programas docentes dirigidos a sus miembros y a los interesados, más allá de las aulas universitarias y de la enseñanza convencional de la filosofía.

Desde 1951 hasta 1960 fue el presidente de la Sociedad Cubana de Filosofía, asociación que llegara a situarse en un reconocido lugar entre otras del mundo. Como dirigente de la misma, participó en actividades y congresos, en la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía y en la Sociedad Interamericana de Filosofía, en conferencias organizadas por la UNESCO y en otros encuentros. Tal vez su activo



papel en la vida gremial le haya dado un lugar destacado entre los filósofos cubanos de la época. Entre 1954-1955 se desempeñó además como profesor de la Universidad de Oriente, de Santiago de Cuba, y alternó esos cursos con la plaza de profesor de Introducción a la Filosofía y de Lógica en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Víbora, dentro del Departamento de Estudios Filosóficos y Sociales de este reconocido centro docente, del cual, por corto tiempo, se hizo cargo también de la Dirección. Aún sus antiguos alumnos lo recuerdan, junto a su esposa Estela Sánchez-Varona, igualmente profesora del Instituto, y conservan en la memoria anécdotas y agradables recuerdos del un tanto distraído, pero ilustrado y amable maestro, que siempre motivara la lectura y el conocimiento entre los estudiantes.

En octubre de 1955 ingresó en la Universidad de La Habana, esta vez como profesor agregado de la Cátedra "N" para enseñar cursos de Estética, Lógica y Teoría del Conocimiento. La plaza la alcanzó por oposición, lo cual le confirió la condición de docente en

la cátedra que desempeñaba el profesor Luís A. Baralt Zacharie. Ese mismo año, al enfermar el profesor Mañach y de acuerdo con una resolución que consta en su expediente, lo sustituyó en ese puesto.

Su empeño fue siempre elevado, su dedicación a la filosofía infatigable. Según se aprecia en su expediente administrativo en la universidad habanera, en 1955 asistió al Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en Haití, en junio de 1956 al Congreso Latinoamericano de Filosofía, efectuado en Santiago de Chile, y en julio de 1957 al V Congreso Interamericano de Filosofía, que tuvo por sede Washington DC. También en septiembre de 1958 acudió en representación de nuestro principal centro docente al XII Congreso Internacional de Filosofía, realizado en Venecia, y como la universidad habanera se encontraba clausurada por el

régimen batistiano aprovechó que se encontraba temporalmente en Francia para entonces visitar París.

En agosto de 1959 Humberto Piñera viajó a Buenos Aires, nuevamente enviado por la universidad habanera, para estar presente en el Sexto Congreso Interamericano de Filosofía, y a su regreso trabajó en la comisión encargada de analizar los planes de estudio de la Escuela de Filosofía y Letras para llevar a cabo la Reforma Universitaria. Sin embargo, el 25 de diciembre de 1960 abandonó su cátedra y su país, y pasó a residir en Nueva York con su esposa e hija. En el siguiente mes de enero la Junta Superior de Gobierno de la Universidad de La Habana lo separó de dicha institución, según consta en el último documento de su expediente de profesor, puesto que siempre ansiara con perseverancia. Piñera decidió abandonar el trabajo intelectual que venía desarrollando "sin prisa pero sin tregua" –como una vez dijera–, así como su plaza de profesor de la Universidad de La Habana, para comenzar a dedicarse a otras dinámicas académicas y a otras temáticas que le apartaron del

curso de sucesos que pudieron templar su filosofía. Más tarde, y en varias ocasiones, dejó entrever la frustración, así como el juicio insano, tanto como ligero por momentos, al referirse a Cuba y a su historia.

Una vez establecido en Nueva York, ingresó en el Departamento de Español y Portugués de la New York University, de donde salió 15 años después, jubilado, con la distinción de Profesor Emérito. Pasó entonces a residir, hasta su muerte, en la ciudad de Miami, donde fue activo colaborador de instituciones culturales de la Florida. Desde su perspectiva política, contraria al curso de los acontecimientos que se desarrollaban en la Isla, Piñera Llera debatió sobre temas culturales cubanos, sobre nociones de libertad, derechos civiles y valores universales, problemáticas que se pueden apreciar en sus textos publicados en ese período, los cuales ilustran su abstracta noción sobre la condición humana, noción marcadamente libresca, heredera de la perspectiva filosófica en la cual se formara el pensador cubano, y alejada de la realidad del continente que definiera su identidad esencial.

Sin dudas Humberto Piñera fue un intelectual salido del molde del filósofo de oficio, establecido durante la modernidad y sus dinámicas académicas. Para él la filosofía era aquella actividad profesional, estricta, que desde una técnica específica se desarrollaba en Europa. Para su tiempo ella se expresaba en los textos de la fenomenología franco-alemana, en la perspectiva historicista, de la filosofía de la vida y del existencialismo, pasando por la influencia de Ortega y Gasset y Unamuno, de las lecturas de los pensadores españoles *transterrados*, así como de las obras de Wilhelm Dilthey, Nicolai Hartmann y Max Scheler, muy a la mano en todo el pensamiento de su época.

Hacer filosofía era para Humberto Piñera dedicarse al ejercicio de seguir las corrientes llegadas de Europa, ponerse a su altura, dialogar con ellas, divulgarlas, comentarlas con acercamiento crítico, la mayor parte de las veces de modo asuntivo. Tal vez una reflexión detenida en la realidad so-

cial, política y cultural de su tiempo, teorizar y hacer filosofía, conceptualizar el mundo de su existencia, no sea la labor a la que se dedicara para dejar una exposición definida, como lo hicieran otros, quienes a tono con el debate académico, la episteme hegemónica vigente, las metodologías y las tradiciones, hicieron filosofía de lo cubano, de la realidad social y política, estudiaron la historia para recrearla, así como los problemas raciales o los ideales del cambio y de una Cuba nueva. Entre estos estuvieron Fernando Ortiz,

**Sin dudas
Humberto
Piñera fue un
intelectual
salido del molde
del filósofo
de oficio,
establecido
durante la
modernidad y
sus dinámicas
académicas**

Jorge Mañach, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, cada uno a su modo, pero todos preocupados por un modo de conceptualización diferente, apegados a la aprehensión de su realidad.

Son singulares sus valoraciones sobre el pensamiento cubano, recogidas en varios artículos y en su libro *Panorama de la filosofía cubana* (1960). Ellas respondían a la necesidad de la joven República, que buscaba armar la historia y el legado nacional, y que en el caso de este autor dejan establecida una visión un tanto inexacta sobre el papel protagónico del grupo que se

iniciara en la década del 40, como si este grupo hubiese cubierto un vacío de medio siglo, obviando así el papel de intelectuales que a partir de los años 20, preocupados por el destino de Cuba y por la crítica del proyecto de la joven República, reflexionaron sobre fenómenos inherentes a la cultura nacional, las formas de expresión de lo cubano, los conceptos que permiten estudiar esta realidad resultante del colonialismo español, la esclavitud negra, el mestizaje o la dependencia neocolonial. Tal vez estos no hacían filosofía como se entendía en la tradición académica, en la disciplina heredada, justo como lo concebía este otro grupo, atraído por la obra kantiana, heideggeriana, existencialista, etc.

En su libro *Panorama de la filosofía cubana* afirmó que pasados 20 años de dedicación a la filosofía, poco le había dedicado al estudio de la “peripécia [cubana] en el saber principal”, pues sentía cierta “indiferencia”, una vez que a este “se debe ir después que se ha conseguido algún adiestramiento en la filosofía como tal”, para no desconocer “las cuestiones de la filosofía en general”, y señaló el carácter instrumental de la filosofía en Cuba, su escasa autonomía, pues esta había llegado, como todo, de Europa para ser asimilada, trasplantada en función de la realidad colonial o republicana, poseyendo frente a nosotros la “versión local de ideas foráneas cuyo arraigo ha sido favorecido por una determinada coyuntura histórica”.

En Piñera encontramos sobre todo el comentario crítico-asuntivo de las corrientes que había hecho suya y que expresa por medio del ensayo, la conferencia y el artículo. Sería forzado buscar en él un pensamiento que se pueda estimar de idealista, irracionalista, fideísta, con afirmaciones tajantes, clasificatorias, como algo expresamente suyo, que fuese la característica definitiva de su obra. Esto a la larga se obtiene de su compromiso, de su simpatía por lo que lee, comparte y divulga.

En las notas preliminares de su libro *Apuntes de una filosofía* (1957), que recopila artículos publicados en

diferentes medios, ponencias, etc., reconoce sin más su filiación filosófica dentro del historicismo y del existencialismo, “las dos corrientes contemporáneas que mejor recogen y expresan el peculiar carácter agonista e irracionalista de nuestro tiempo”, y a las cuales le había dedicado gran parte de su tiempo, desde su salida de las aulas universitarias.

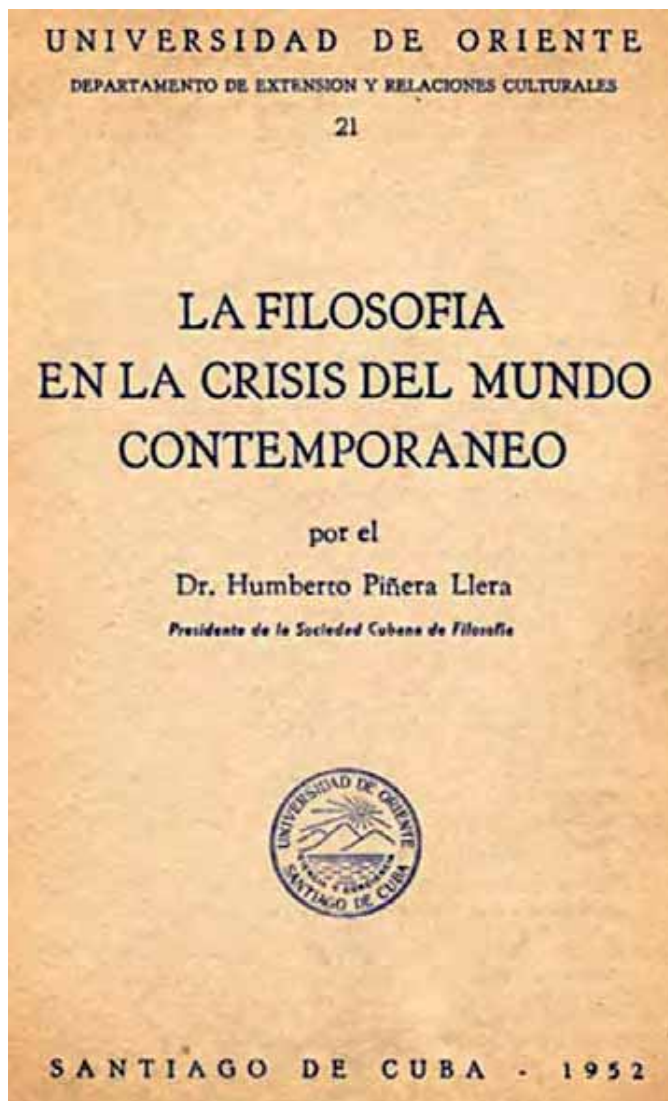
El historicismo se le mostraba como una interpretación de la historia que se fundaba en dos premisas inalienables: la vida humana es el principal ingrediente de la historia y esta no puede considerarse en abstracto, pues ella y su mundo correlativo constituyen una manifestación concreta “y todo lo que sea tratar de aislar sus elementos, conduce a una inicial imposibilidad de entender lo histórico”, y en segundo lugar, lo histórico hay que entenderlo desde la totalidad de la tridimensionalidad de lo temporal: pasado, presente y futuro. Pasar de la historia para comprender el mundo, al hombre, su existencia, es fútil y ya su tiempo lo avala con creces en la obra crítica iniciada con Dilthey, y todo el pensamiento europeo que hacía resurgir la filosofía tras el vacío dejado por el positivismo. La crítica al pensamiento de la modernidad que quedaba varado en el siglo XIX y el centrarse en lo humano, la existencia, la historicidad, las circunstancias, la vida, se hacían una verdad que era asumida y muy valorada por Piñera Llera.

Para el pensador cubano el existencialismo condensa y expresa la tremenda crisis de los fundamentos de la modernidad, del humanismo y de la ciencia que ya se prescribía. El existencialismo se ha apoderado, como ninguna otra filosofía, del presente, es el *fatum* histórico de su época, del cual nadie escapa y es además –dicho en su texto fundamental, *Filosofía de la vida y filosofía existencial* (1952)– “la filosofía del momento presente”, una concepción específica del mundo, que él comparte y divulga en sus escritos y asume, a pesar de considerar hacer una lectura crítica. En este texto declara explícitamente su preferencia y desarrolla una “interpretación crítica”, según sus palabras, de la filosofía de la vida y del

existencialismo, a todas luces atrapada por el análisis y la lectura posible desde el pináculo de la academia cubana, que pujaba por emparentarse con las demás, en tiempos de consolidación profesional y gremial, y en comunidad con el pensamiento orteguiano y de los españoles que en La Habana dejaban rastro a su paso. Aquí enjuicia el desarrollo de filósofos europeos como Sorèn Kierkegaard, Friedrich Nietzsche, Wilhelm Dilthey y Henri Bergson, predecesores de la filosofía de la vida y de los existencialistas. Sin embargo, Piñera no deja más que los comentarios de sus obras.

Siguiendo a Dilthey, a Ortega y a los filósofos alemanes de su época, él criticó el carácter abstracto y ahistóri-

co de lo humano, posiciones que no le condujeron a actitudes más radicales, tal vez de compromiso, como hiciera Jean-Paul Sartre ante sucesos como la lucha por la descolonización en el Tercer Mundo o la guerra de liberación en Argelia a finales de los años 50. Siempre dejó clara su filiación, su perspectiva de lo humano, sentada sobre el irracionalismo y la crítica antihistórica, el circunstancialismo y el vitalismo orteguiano, así como el intelectualismo que “despóticamente rige la vida espiritual de los Tiempos Modernos”. Al hombre hay que considerarlo desde su expresión vital, puesto que es la vida lo que define al ser humano. Y no es de extrañar, dado que esta verdad se reafirmaba con la llegada al país de



los filósofos españoles exiliados, como José Gaos, Luis Recaséns Siches, María Zambrano, Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, José Ferrater Mora y varios más, quienes pasaban por La Habana con sus libros traducidos y la perspectiva difundida en su entorno. Baste apreciar los textos publicados entonces en las revistas y en los libros de los autores contemporáneos, en particular la *Revista Cubana de Filosofía*, escritos que muestran cómo fundamentalmente Ortega y Gasset sentó pautas para él y su generación.

Piñera también gustaba de provocar al auditorio y al lector. En una conferencia ofrecida en la Sociedad Cubana de Filosofía el 8 de diciembre de 1955 habló del hombre como ser compuesto de materia y espíritu, en el cual el espíritu es esa “cosa terrible” que impone “esa trágica y doliente forma de manifestación que consiste en multiplicarse tanto como las posibles realidades a las cuales él mismo, como *espíritu*, puede dar lugar”, y que posibilita la grandeza de lo humano porque el hombre se disocia en múltiples formas de realidad, y puede ser, simultáneamente: “sensación, sentimiento, razón, imaginación, memoria, etc.” En este mismo diálogo, publicado en el número 12 de la *Revista Cubana de Filosofía*, de 1955, dice: “Me tiene ahora sin cuidado que se piense si el espíritu es una sublimación de la materia, o si ésta es una concreción de aquél”... “pues lo que ahora digo es algo que nadie podría negar en serio, es a saber: que a diferencia del animal y de los seres inertes el hombre lleva consigo un caudal de posibilidades que, al realizarlas, es decir, al trocirlas en *formas* de lo real, aumentan su mundo y le transforman lo mismo que a ese mundo a cuya creación contribuye”. Y seguidamente pone el ejemplo: “mientras el animal *prolonga* el agua, al satisfacer una necesidad vital de índole vegetativa, la de aplacar la sed, o hidratar sus tejidos, el hombre objetiva e idealiza el agua, es decir, la hace *objeto* de ciencia, de arte (como adorno, vbg. una fuente), de rito religioso (el agua lustral), etc. Y al hacerlo, el hombre la incorpora todavía más a su ser, puesto que la dota de una realidad mucho más

**Su perspectiva
histórica,
vitalista,
circunstancialista
y existencialista
de lo humano queda
expuesta en sus
libros y artículos
publicados hasta
1960**

amplia que la original del agua como tal, a la vez que amplía el ámbito de su ser como el ser humano que es”.

De modo que para Piñera “el hombre es el ser cuyo ser se realiza cada vez con mayor plenitud mediante las simbolizaciones” y donde “el hombre no es siempre el mismo y, sin embargo, puede seguir siendo lo mismo”, para dejar establecido su carácter histórico y activo. Con ello da continuidad a su comprensión de la filosofía existencialista, a su recepción del pensamiento alemán-francés desde Max Scheler hasta Sartre, y comparte la capacidad del hombre de crear ese otro mundo, el de la conciencia, y revelar la capacidad de trascendencia del mundo, de ese mundo que se le opone y por lo mismo, causante de la extrañeza por un lado y del sentimiento de menesterosidad por otro, que lleva a la conciencia de una existencia. De ello deriva el autor, que si el hombre no trasciende al mundo, no hay entonces “*humanidad* posible; pero tampoco hay *mundicidad* que valga si el mundo no se trasciende en el hombre”.

Su perspectiva histórica, vitalista, circunstancialista y existencialista de lo humano queda expuesta en sus libros y artículos publicados hasta 1960. A partir de entonces, motivado por su labor docente, dedica tiempo a estudios sobre temas filosóficos y literarios que dan fe de su saber y de su extensa cultura. Publica además otros libros poco conocidos en Cuba, entre ellos *El pensamiento español de los siglos XVI y XVII* (1970), *Novela y ensayo de Azorín* (1971), *Filosofía y literatura: aproximaciones* (1975), *Ideas, sentimiento y sensibilidad de José Martí* (1982), y un estudio sobre Sartre. Sin embargo, cabe señalar que toda su obra, básicamente en forma de ensayo, los desarrolla con ejemplar dominio.

Otra faceta de su obra la ocupan los libros y textos regidos por objetivos explícitamente didácticos, en función de la docencia, tales como su *Lógica*, de 1952, o su *Introducción a la Filosofía*, editada en 1954, reeditada en 1959 y en Miami en 1980, así como otros volúmenes dictados por el apremio de la labor docente. La bibliografía de Piñera comprende además un conjunto numeroso de ponencias, conferencias y artículos publicados sobre temas diversos, trabajos periodísticos y entrevistas, muchos de ellos dados a conocer al final de su vida.

Sin dudas Humberto Piñera Llera será recordado por su destacada labor como profesor de filosofía, por su apego e identificación con el existencialismo europeo y su divulgación en nuestro país, así como por su notable labor en la Sociedad Cubana de Filosofía y en el desarrollo de la revista que viera nacer e impulsara. Si bien después de 1959 se dedicó a la vida docente, su salida de la Isla le apartó de la posibilidad de continuar activando el desarrollo de la filosofía en nuestro país, así como dejar en las nuevas generaciones de estudiantes cubanos un memorable recuerdo por su saber, su empeño y su briosa entrega al oficio. Humberto Piñera falleció en Miami en 1986.

